Dignas de la gracia divina: las mujeres en la iglesia primitiva

Dra. Carola M. Narváez-Rosario

Universidad Interamericana de Puerto Rico

El pastor levantó la cabeza, me miró y me dijo: —Seas bienvenida, hija.
Y me llamó, y del queso que ordeñaba me dio como un bocado, y yo lo recibí con las manos juntas, y me lo comí. Todos los circunstantes dijeron: «Amén»
Y al sonido de esta voz me desperté masticando todavía no sé qué dulce, Y enseguida conté a mi hermano la visión, y los dos comprendimos que me esperaba el martirio".

Relato de una visión de santa Perpetua recogido en el *Acta de los mártires* [1]

1. Introducción

El estudio de las mujeres cada día va suscitando más interés debido al silenciamiento que la misma literatura e historia ha establecido sobre las mujeres. La Iglesia no ha sido una excepción a esta realidad, pues desde sus orígenes se desarrolló en un contexto patriarcal que condicionó la participación, la representación y la memoria histórica de las mujeres dentro de la comunidad cristiana. A través de esta revisión de literatura se pretende mostrar el impacto de las mujeres en la iglesia primitiva con el propósito de recordar que ellas también fueron seguidoras de Jesús, testigos de la resurrección y mártires por su fe.

Al profundizar en el trato que han recibido las mujeres a través de la historia es importante analizar de dónde provienen esas ideas que han minimizado el rol de la mujer. La investigadora de historia antigua, Patricia González establece que históricamente el pensamiento que se tenía de la mujer proviene de las ideas Aristotélicas. Sobre esto indica que:

[1] Daniel Ruiz Bueno, ed. y trad., *Actas de los mártires.* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2018), pág. 392.

> Se sigue en esto las ideas de Aristóteles, que considera en su obra *La reproducción de los animales*, a la mujer como un macho fallido, un error de la naturaleza, como más fría y húmeda, como imperfección, al fin y al cabo. Pero también se sigue la más pura tradición judía, en la que las mujeres eran consideradas naturalmente inferiores en todo, hasta el punto de liberarla de ciertos preceptos religiosos pues de ella no se espera que observe todos los mandamientos. Autores como Flavio Josefo o Filón recuerdan frecuentemente que la mujer es inferior en todo al hombre, y que le debe obediencia.[2]

Evidentemente, estas ideas que minimizan el rol de la mujer en la sociedad han dominado hasta el día de hoy. Precisamente, en el siglo XXI es muy lamentable cuando vemos que esto continúa en nuestra sociedad a través del machismo, y limitando los espacios en los que la mujer puede desarrollarse.

2. El tema de las mujeres en la iglesia primitiva a través de la literatura

En el año 2005 la investigadora Isabel Gómez de Acebo indicaba en su libro titulado, *La mujer en los orígenes del cristianismo que*:

> En lo que respecta a las mujeres han sido unos siglos vírgenes de estudios pues a los varones no les interesaba adentrarse en nuestras vidas. Se fundaban en la falta de protagonismo femenino o en la falsa idea de que al ser la religión un fenómeno cultural los dos sexos quedaban afectados de la misma manera. Ellas quedaban subsumidas en ellos. Las primeras investigadoras tampoco quisieron adentrarse en sus aguas ya que temían que su prestigio científico se viera mermado pues a la falta de interés por los temas femeninos había que añadir su consideración de menor valía.[3]

Evidentemente, hoy día existen muchas iniciativas para el estudio de las mujeres en diversas instancias que permiten recoger lo que es esa memoria histórica de la actividad de las mujeres y sus luchas. Cabe señalar que, a partir, del 2005, se han escrito más textos sobre las mujeres en la iglesia primitiva que permiten entender más a fondo la labor de estas mujeres. A continuación, comentaremos algunos textos de los siguientes

[2] Patricia González Gutiérrez. *La mujer en el cristianismo primitivo.* Actas del III Congreso Interdisciplinar de Jóvenes Historiadores “Historia, Identidad y Alteridad”. Asociación de Historiadores Jóvenes: Salamanca, 2012, pág. 1006-1007.
[3] Isabel Gómez de Acebo. *La mujer en los orígenes del cristianismo.* (Bilbao: Desclée De Brouwer, 2005), pág. 13.

autores: Isabel Gómez, Esperanza Bautista, Fernando Rivas, Carolyn Osiek, Margaret Macdonald, Janet Tolloch y Kevin Madigan, entre otros.

El rol de la mujer en la Iglesia Primitiva fue de gran importancia ya que estas se movieron desde distintos entornos a una realidad común. Estas mujeres de las que hablamos podían ser viudas, misioneras, pobres y hasta diaconisas entre otras. Sobre esta realidad Fernando Rivas doctor en Teología nos indica que:

> Las mujeres que forman parte del movimiento de Jesús desde el comienzo: algunas actuaron como patronas de las comunidades cristianas, otras participaron como misioneras y lideres comunitarias, otras contribuyeron al crecimiento interno de las comunidades (profecía, caridad, diaconía, acogida hospitalaria…), bien en sus propias casas, mediante la influencia en su familia, bien en la comunidad…, y la mayoría desempeñó un papel anónimo que las fuentes no nos permiten conocer. [4]

Cada una de estas mujeres estaba encargada de llevar ese mensaje. Inclusive no podemos dejar de un lado, que las mujeres fueron las principales testigos de la resurrección pues según el texto: “Las que decían estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas.” (Lucas 24, 10), por lo que esto nos demuestra que fueron ellas las primeras misioneras, las que llevaron el mensaje de la resurrección. Su labor en la Iglesia Primitiva era de gran relevancia en la sociedad. Por ejemplo, según Rivas, “Las viudas jugaban un importante papel en la vida de la Iglesia por las atenciones y cuidados de índole caritativa que realizaban y el gran protagonismo que tenían en las propias comunidades”[5] Estas mujeres una vez quedaban viudas, quedaban desprotegidas por lo que se convertían en pobres, es por esto que vemos como el cristianismo les devuelve una dignidad y las hace partícipes de la comunidad eclesial.

Por otro lado, estaban las mujeres casadas y las que dirigían asambleas, de estas se esperaba una conducta ejemplar y una administración eficiente de las responsabilidades que les eran encomendadas. Es por esto por lo que Carolyn Osiek,

[4] Fernando Rivas. *¿Qué sabe de… La vida cotidiana de los primeros cristianos*. (Navarra: Verbo Divino, 2012), pág. 32-33.
[5] Ibidem., pág. 43.

Margaret Macdonald y Janet Tulloch en su libro titulado, *El lugar de la mujer en la Iglesia Primitiva: Iglesias domésticas en los albores del cristianismo,* expresan que: "De las mujeres que administraban sus casas se esperaba que fueran responsables y eficientes de manera independiente, aun cuando gran parte de los tratados pretenden hacer pensar que se encuentran bajo la benevolente supervisión y guía de sus maridos".[6]

Asimismo, las mujeres destacadas como misioneras fueron un elemento muy importante ya que predicaban el evangelio. Las primeras misioneras podríamos decir que fueron esas mujeres que recibieron algún milagro de Jesús por lo que decidieron seguir al maestro. El episodio de la mujer que padecía de un flujo de sangre constituye un claro ejemplo de cómo la acción liberadora de Jesús contribuyó a restituir la dignidad de la mujer.

> A través del tiempo este texto ha sido leído desde una perspectiva de la fe. Pues al tratarse de un padecimiento, es un gran ejemplo de esa persona que tiene fe y por consecuencia es sanada. El problema recae en que se han olvidado en las repercusiones sociales que tenía su padecimiento. Jesús le dice que su fe le ha salvado, pero esto no se refiere únicamente a sanación del padecimiento, sino que esta palabra es mucho más amplia, se trata de una salvación completa.[7]

Igualmente, entre esas primeras misioneras se encuentran las que fueron al sepulcro y luego, proclamaron la resurrección de Jesús. Estas mujeres misioneras también son destacadas por Pablo ya que formaban parte de la tarea evangelizadora que este llevaba. Precisamente, en la carta a los Romanos, el apóstol Pablo recuerda y elogia a diversas mujeres por su compromiso y dedicación al servicio del Evangelio. Entre ellas se encuentran María, Trifena, Trifosa[8] y Pérsida, de quienes destaca su esfuerzo y trabajo en el Señor (Rom. 16:12). También menciona a la madre de Rufo y a la hermana de Nereo (cf. Rom. 16:13-15), reconociendo así la valiosa contribución de

[6] Carolyn Osiek, Margaret Macdonald y Janet Tulloch. *El lugar de la mujer en la Iglesia Primitiva: Iglesias domésticas en los albores del cristianismo.* (Salamanca: Sígueme, 2007), pág. 207.
[7] Carola M. Narváez-Rosario. (2017). La mujer del flujo de sangre": una mirada desde la teología feminista. *Revista Prisma* (Año XXI), 103-104. https://www.arecibo.inter.edu/wp-content/uploads/portal/pdf/prisma2017.pdf#page=100

[8] En el texto bíblico dice lo siguiente: «Saludad a María, que se ha afanado mucho por vosotros». (Rom 16:6) Igualmente, más adelante en ese mismo capítulo dice: «Saludad a Trifena y a Trifosa, que se han fatigado sirviendo al Señor. Saludad a la amada Pérside, que trabajó mucho en el servicio al Señor». (Rom 16:12).

estas mujeres a la vida de la comunidad cristiana primitiva. Según Esperanza Bautista: "Todo esto quiere decir que lo que cuenta para Pablo no parece ser el origen racial, social o sexual, sino su compromiso misionero y el eclesial".[9]

Por otro lado, las mujeres en la Iglesia primitiva podían ser ordenadas como diaconisas. La información que se ha recopilado sobre estas, data del siglo III, pero, aun así, esta información nos revela algo muy valioso sobre estas mujeres. Su diferencia entre las viudas era que estas por ser una ordenación se daba la imposición de manos, por lo que se entiende pertenecen al clero. Su labor en la liturgia era en los entierros y bautismos de mujeres, pero Rivas afirma que:

> El hecho de que las mujeres estuvieran ordenadas de diaconisas y, por lo tanto, perteneciesen al clero, no les concedía acceso a todas las funciones del clérigo, aunque la ordenación las situaba en un lugar (ordo) con unas funciones determinadas. Igual que los diáconos, las diaconisas no podían ni ordenar ni bautizar ni presidir la eucaristía.[10]

En el ámbito pastoral estas se desempeñaban en la atención a mujeres necesitadas, entiéndase pobres o viudas y la formación catequética. Sobre esto también se menciona que:

> Las mujeres diáconos preparaban a las mujeres para el bautismo y les ofrecían hospitalidad durante el período de transición antes y después. Acogían y protegían a mujeres socialmente vulnerables. Defendían y representaban a las mujeres laicas en la iglesia. Viajaban con mujeres peregrinas. Emprendían peregrinajes. Algunas eran superioras monásticas. Algunas eran maestras fidedignas. Otras eran miembros de comunidades monásticas, pero no eran superioras. Otras supervisaban importantes centros de peregrinación. Otras vivían en su propia casa. Supervisaban las funciones litúrgicas de las mujeres y les guiaban en la oración litúrgica.[11]

Otro grupo dentro de estas mujeres de la Iglesia Primitiva son las pobres. Hay que aclarar el concepto de pobreza ya que en su traducción se encuentra con unas variables en las que Rivas menciona que:

---

[9] Esperanza Bautista. *La mujer en la iglesia primitiva*. (Navarra: Verbo Divino, 1993), pág. 99-100.
[10] Fernando Rivas. *¿Qué sabe de… La vida cotidiana de los primeros cristianos*. (Navarra: Verbo Divino, 2012), pág. 48.
[11] Kevin Madigan y Carolyn Osiek. *Mujeres Ordenadas en la Iglesia Primitiva: Una historia documentada.* (Navarra: Verbo Divino, 2005), pág. 26.

> No deja de ser significativo a este respecto la pobreza lingüística del latín en relación con el mundo de los pobres, donde la palabra *pauper* sirve para designar a todo tipo de «pobre», en comparación, por ejemplo, con la riqueza semántica del hebreo, donde tenemos las palabras: *'ebyon* (pobre considerado como mendigo), *dal* (pobre en cuanto débil), *misquen* (dependiente), 'anî (pobre económico), *'anaw* (humilde), *râs* (pobre social), y muchas otras con parecido significado.[12]

Ante estas variantes de lo que es ser pobre hay que distinguir entre el pobre que tiene un trabajo que le permite tener un techo y comer todos los días y el indigente, que no tiene absolutamente nada y por tanto, queda desintegrado de la sociedad. Inicialmente este movimiento se verá situado entre este grupo de los pobres. A través del Nuevo Testamento se puede notar la cercanía de Jesús con ellos y su opción preferencial por los pobres que en la Iglesia contemporánea será marcado en la Teología de la Liberación. El lenguaje utilizado para llevar este mensaje evangelizador es muy sencillo y es expresado por el uso de las parábolas y milagros que vendrán a facilitar el entendimiento. Es por tanto que estas mujeres pobres constituyen una gran mayoría de los cristianos.

3. Mártires

Los primeros años de la expansión del cristianismo esa Iglesia primitiva fue perseguida por no seguir las tradiciones religiosas de la época y sobre todo por no rendir culto y sacrificio a los dioses que el gobierno mandaba. Sobre esto ha quedado evidencia histórica en los textos de la época como los *Annales de historia* de Tácito y hasta las *Actas de los mártires* o el *Martirologio*. De hecho, el doctor Vicent Francesc Zuriaga en su artículo titulado, "El dolor como triunfo: sacrificio, tortura y liberación de las mártires cristianas", indica que:

> Los primeros cristianos intentaron conservar el recuerdo de sus mártires, si bien la escasez de este tipo de documentos puede explicarse en parte por la destrucción ordenada por Diocleciano en el año 303 de los libros sagrados existentes en las iglesias y que habría afectado igualmente a las Acta. Nerón, en el año 64, fue el primer emperador que persiguió cristianos acusándolos del incendio de Roma. Tácito, en los *Annales*, relata que muchos cristianos fueron

[12] Fernando Rivas. *¿Qué sabe de… La vida cotidiana de los primeros cristianos*. (Navarra: Verbo Divino, 2012), pág. 63.

> condenados al fuego, crucificados y arrojados a las fieras. En esta persecución murieron los santos Pedro y Pablo.
> La segunda gran persecución fue la de Domiciano. Los cristianos fueron acusados de ateísmo. Plinio el Joven relata la persecución de Trajano, que acusó a los cristianos de impiedad. En la persecución de Antonino Pío sufrieron el martirio san Policarpo, obispo de Esmirna y once cristianos. En el imperio de Marco Aurelio fue martirizado en Roma Justino de Samaría. En Lyon, junto a otros cuarenta y ocho mártires, encontramos a la primera mártir referenciada en las Acta, una esclava muy joven, santa Blandina. La tradición medieval sitúa en esta época el martirio de santa Liberata.[13]

Como podemos ver hay evidencias que nos permiten clarificar algunos detalles de lo que fue la persecución de los cristianos. Esto fue una realidad histórica en el Imperio romano, que respondieron a contextos políticos, sociales y religiosos específicos, alcanzando momentos de mayor intensidad bajo emperadores como Nerón, Decio y Diocleciano. Dado que este trabajo se centra en las mujeres, es importante mencionar a las mártires que aparecen en las *Actas de los mártires*. Cabe señalar que esta obra recoge los testimonios y relatos de hombres y mujeres que entregaron su vida por el Evangelio y que, a pesar de las dificultades, los sufrimientos y las persecuciones que enfrentaron, se mantuvieron firmes en su fe y nunca renunciaron a su identidad cristiana.

> En el año 202 Septimio Severo publicó un edicto por el que prohibía la conversión al cristianismo y la propaganda del mismo; por eso abundan los mártires entre los catecúmenos y catequistas: Leónidas, padre de Orígenes, y director de la Escuela de Alejandría; Perpetua y Felicitas y compañeros, en Cartago, Basílides, Potamiena y otros en Egipto. Los sucesores inmediatos de Septimio Severo se mostraron benévolos con los cristianos: Caracalla (211-217) tuvo una nodriza cristiana; Heliogábalo (218-222) intentó sincretizar el cristianismo con el culto al Sol invicto; Severo Alejandro (222-235) favoreció especialmente a los cristianos, porque su madre, Julia Mammea, era admiradora de Orígenes, a cuyas clases asistía en Alejandría; pero no fue cristiana, por más que Orígenes y Rufino la consideren como tal. Severo Alejandro introdujo una imagen de Cristo, juntamente con la de Abrahán y Apolonio de Tiana, en su Larario. Y, sobre todo, este emperador sentenció a favor de los cristianos un pleito que habían planteado contra una asociación de bodegueros de Roma, por un solar para un edificio de culto cristiano; lo cual implica, por lo menos implícitamente, un reconocimiento oficial del cristianismo.[14]

[13] Senent, Vicent Francesc Zuriaga. “El dolor como triunfo: sacrificio, tortura y liberación de las mártires cristianas.” *Dossiers feministes* 16 (2012): 157-177. [página 159-158].
[14] Jesús Álvarez Gómez. *Historia de la Iglesia I: Edad Antigua.* (Madrid: BAC, 2001), pág. 91-92.

Es importante comprender que, para los mártires, entregar la vida por la fe constituía una gracia especial que los unía al sufrimiento y al sacrificio de Cristo. Asimismo, no debe olvidarse que el término *mártir*, desde su raíz etimológica, significa "testigo", lo que pone de manifiesto la estrecha relación entre el testimonio de la fe y la disposición a sufrir e incluso dar la vida en su defensa.

4. Las mujeres del Martirologio

Entre las mártires cristianas del siglo II se mencionan a Sinforosa, Felicidad y sus siete hijos y el caso de Perpetua y Felicidad. Sobre Sinforosa y sus siete hijos, aunque la autenticidad de las actas que narran su historia ha sido debatida, algunos hallazgos arqueológicos coinciden con sus relatos. Según la tradición, su esposo fue decapitado tras sufrir diversos tormentos por su fe. Posteriormente, Sinforosa fue ejecutada después de ser golpeada, suspendida por los cabellos y arrojada a un río con una piedra atada al cuello. Sus siete hijos también fueron martirizados. Las actas señalan que, tras estas muertes, la persecución se detuvo durante un año y medio, permitiendo honrar y sepultar dignamente a los mártires.

Por otro lado, Felicidad y sus siete hijos fueron martirizados por mantenerse fieles al cristianismo:

> Entonces, el emperador Antonino dio orden a Publio, prefecto de la ciudad, que obligara a felicidad con sus hijos a aplacar con sacrificios a los dioses irritados. En consecuencia, Publio prefecto de la ciudad, mandó que se la presentaran en audiencia privada, y ora la convidada con blandas palabras a sacrificar, ora la amenazaba con suplicio de muerte. Felicidad le respondió:
> –Ni tus blanduras han de bastar a resolverme ni tus terrores a quebrantarme pues tengo conmigo al Espíritu Santo, que no permite que sea yo vencida del diablo. Por eso, estoy segura de que viva he de vencerte, y, si me quitaras la vida te derrotaré aún mejor muerta”.[15]

El relato destaca la firmeza de sus hijos, descritos como «cristianísimos», así como el valor de su madre, cuya fortaleza fue posteriormente elogiada por san Gregorio Magno como un ejemplo extraordinario de fe y esperanza cristiana. Mientras que

[15] Daniel Ruiz Bueno, ed. y trad., *Actas de los mártires.* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2018), pág. 287.

Perpetua, una joven madre de 22 años, y su esclava Felicidad fueron encarceladas durante la persecución decretada por el emperador Septimio Severo. Felicidad, quien estaba embarazada, dio a luz mientras permanecía en prisión. Ambas fueron condenadas al martirio por negarse a adorar a los dioses paganos. Este episodio destaca por su gran valor histórico, ya que se conserva un diario escrito por la propia Perpetua.

Conclusiones

Cada una de estas historias evidencian el papel relevante que desempeñaron las mujeres en la consolidación del cristianismo primitivo. Sus historias hacen eco de lo que es la perseverancia, la valentía y la fidelidad religiosa frente a la persecución, convirtiéndose en referentes de santidad. Es interesante que para el siglo XXI empezamos a ver un poco más la literatura relacionada a la labor de las mujeres tanto en el ámbito académico como eclesial. Precisamente, el papa Benedicto XVI, el 14 de febrero de 2007 en su Audiencia General se expresó sobre *Las mujeres al servicio del Evangelio,* recordando que la labor de las mujeres en la iglesia primitiva no era secundaria y establece que:

> Debemos a san Pablo una documentación más amplia sobre la dignidad y el papel eclesial de la mujer. Toma como punto de partida el principio fundamental según el cual para los bautizados "ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer". El motivo es que "todos somos uno en Cristo Jesús" (*Ga* 3, 28), es decir, todos tenemos la misma dignidad de fondo, aunque cada uno con funciones específicas (cf. *1 Co* 12, 27-30).[16]

Para san Pablo, aunque cada persona desempeña funciones particulares dentro de la Iglesia, todas comparten la misma dignidad y valor como miembros de la comunidad cristiana. Esta afirmación nos recuerda que las mujeres también han sido destinatarias de la gracia divina y han contribuido significativamente a la vida y misión de la Iglesia, aunque en numerosas ocasiones su participación haya quedado relegada o poco visibilizada. Asimismo, el papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Evangelii*

[16] Benedicto XVI. *Las mujeres al servicio del Evangelio.* Audiencia General del miércoles 14 de febrero de 2007, https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2007/documents/hf_ben-xvi_aud_20070214.html

Gaudium sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual reconoce la necesidad que ha tenido la iglesia de integrar a las mujeres en más espacios eclesiales afirmando que:

> La Iglesia reconoce el indispensable aporte de la mujer en la sociedad, con una sensibilidad, una intuición y unas capacidades peculiares que suelen ser más propias de las mujeres que de los varones. Por ejemplo, la especial atención femenina hacia los otros, que se expresa de un modo particular, aunque no exclusivo, en la maternidad. Reconozco con gusto cómo muchas mujeres comparten responsabilidades pastorales junto con los sacerdotes, contribuyen al acompañamiento de personas, de familias o de grupos y brindan nuevos aportes a la reflexión teológica. Pero todavía es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia. Porque «el genio femenino es necesario en todas las expresiones de la vida social; por ello, se ha de garantizar la presencia de las mujeres también en el ámbito laboral» y en los diversos lugares donde se toman las decisiones importantes, tanto en la Iglesia como en las estructuras sociales.
> Las reivindicaciones de los legítimos derechos de las mujeres, a partir de la firme convicción de que varón y mujer tienen la misma dignidad, plantean a la Iglesia profundas preguntas que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente.[17]

El papa Francisco durante su pontificado impulsó una mayor participación de las mujeres en la vida eclesial mediante reformas institucionales y el nombramiento de mujeres en cargos de responsabilidad, favoreciendo su presencia en ámbitos tradicionalmente ocupados por hombres. Por su parte, su sucesor, el papa León XIV, en su primera carta encíclica, *Magnifica Humanitas: sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial*, reafirma el principio de la igual dignidad de toda persona, una idea que encuentra resonancia en la enseñanza paulina. Al mismo tiempo, insiste en que dicho reconocimiento no debe limitarse al plano doctrinal, sino manifestarse en compromisos y prácticas concretas que garanticen el respeto y la promoción efectiva de esa dignidad. Esta perspectiva queda claramente expresada cuando el papa León XIV señala en *Magnifica Humanitas* que:

> Junto a una mayor conciencia del valor de toda persona humana y de sus derechos, ha crecido también el reconocimiento de los derechos de las minorías. Sin embargo, todavía hay mucho camino por recorrer para que los derechos de una gran parte, por ejemplo, los de las mujeres, estén realmente garantizados en

[17] Francisco, *Evangelii Gaudium: Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual* (Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 2013), núm. 103-104, https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html

> todo el mundo. Es una realidad que «doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia, porque frecuentemente se encuentran con menores posibilidades de defender sus derechos». Por lo tanto, no es suficiente afirmar con palabras que hombres y mujeres tienen la misma dignidad y los mismos derechos; es necesario que esto se traduzca en decisiones concretas, en las leyes, en el acceso al trabajo, a la instrucción, a las responsabilidades sociales y políticas, en el modo en el que la sociedad escucha y valora el aporte de las mujeres. Mientras exista esta disparidad, no podremos decir que la sociedad reconoce realmente y en profundidad que las mujeres tienen la misma dignidad que los hombres.[18]

Aunque a lo largo de la historia las mujeres han desempeñado un papel fundamental en la transmisión de la fe, la evangelización, la vida consagrada y el servicio a las comunidades cristianas, su aporte no siempre ha recibido la misma visibilidad ni reconocimiento que el de los hombres. Por ello, resulta necesario continuar promoviendo espacios que favorezcan su presencia y participación en los diversos ámbitos eclesiales, reconociendo los dones, capacidades y contribuciones que enriquecen la misión de la Iglesia. En el contexto actual, marcado por la reflexión sobre la sinodalidad y el llamado a construir una Iglesia en salida, es importante recordar que todos los bautizados comparten una misma dignidad fundamentada en la gracia de Dios. No obstante, aún queda un largo camino por recorrer para garantizar una participación más plena y un mayor reconocimiento de las mujeres dentro de la vida eclesial. Del mismo modo, en campos académicos como la teología y la historia de la Iglesia, es necesario otorgar mayor visibilidad a las mujeres, especialmente a aquellas que han abierto y continúan abriendo nuevos caminos de reflexión, servicio y liderazgo. Por lo tanto, conviene reafirmar que, ayer, hoy y siempre, las mujeres han sido y siguen siendo destinatarias de la gracia divina, así como protagonistas indispensables en la vida y misión de la Iglesia.

[18] León XIV, *Magnifica Humanitas: Carta encíclica sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial* (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 15 de mayo de 2026), núm. 57, https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/encyclicals/documents/20260515-magnifica-humanitas.html

Referencias

Álvarez Gómez, Jesús. *Historia de la Iglesia I: Edad Antigua*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.

Bautista, Esperanza. *La mujer en la iglesia primitiva*. Navarra: Verbo Divino, 1993.

Benedicto XVI. *Las mujeres al servicio del Evangelio*. Audiencia General, 14 de febrero de 2007. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2007/documents/hf_ben-xvi_aud_20070214.html.

Escuela Bíblica y Arqueológica de Jerusalén. *Biblia de Jerusalén.* Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer, 2009.

Francisco. *Evangelii Gaudium: Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2013. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html.

Gómez de Acebo, Isabel. *La mujer en los orígenes del cristianismo*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2005.

González Gutiérrez, Patricia. “La mujer en el cristianismo primitivo.” En *Actas del III Congreso Interdisciplinar de Jóvenes Historiadores: Historia, Identidad y Alteridad*. Salamanca: Asociación de Historiadores Jóvenes, 2012.

León XIV. *Magnifica Humanitas: Carta encíclica sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 15 de mayo de 2026. https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/encyclicals/documents/20260515-magnifica-humanitas.html.

Madigan, Kevin, y Carolyn Osiek. *Mujeres Ordenadas en la Iglesia Primitiva: Una historia documentada*. Navarra: Verbo Divino, 2005.

Narváez-Rosario, Carola M. “La mujer del flujo de sangre: una mirada desde la teología feminista.” *Revista Prisma* 21 (2017): 93-106. https://www.arecibo.inter.edu/wp-content/uploads/portal/pdf/prisma2017.pdf#page=100

Osiek, Carolyn, Margaret Y. MacDonald y Janet H. Tulloch. *El lugar de la mujer en la Iglesia Primitiva: Iglesias domésticas en los albores del cristianismo*. Salamanca: Sígueme, 2007.

Rivas, Fernando. *¿Qué sabe de… La vida cotidiana de los primeros cristianos?* Navarra: Verbo Divino, 2012.

Ruiz Bueno, Daniel, ed. y trad. *Actas de los mártires.* Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2018.

Zuriaga Senent, Vicent Francesc. “El dolor como triunfo: sacrificio, tortura y liberación de las mártires cristianas.” *Dossiers Feministes* 16 (2012): 157-177.